

ANGÉLICA

Lygia Bojunga Nunes



Capítulo I

El puerco

Le habían dicho:

–¡La vida es maravillosa!

Él todavía era pequeño, no sabía muy bien cómo se vivía y deseaba saber más. Pensó un instante y se decidió a preguntar:

–¿Cómo se entra en la vida? ¿Acaso hay una puerta a la que llamar? Y si llamas... ¿te abre alguien?

Le respondieron entre risas:

–La vida no tiene puerta. Nacemos en el cielo y después las cigüeñas nos traen a la tierra.

Él nunca había visto una cigüeña, pero aun así le pareció que aquella historia estaba mal contada y acabó diciendo que no se lo creía. Entonces le dieron otra explicación:

–Es Papá Noel el que trae a la gente a la vida.

Bajó la mirada: sabía perfectamente que Papá Noel no traía ese tipo de regalos. Entonces le dijeron:

–Hay una puerta para entrar y queda muy lejos
–señalaron a lo lejos.

Miró desconfiado hacia donde le indicaban.

–Si te portas bien, llamas a la puerta y te abren. Si no te portas bien, no te abre nadie.

Seguía mirando a lo lejos. Mirando y pensando: «Maldita sea mi estampa, me están engañando otra vez». Suspiró. Cuando fuera mayor, no iba a permitir que le hablaran así; cuando fuera mayor, no le iba a permitir a nadie que se riese de sus preguntas.

«¿Y si fingiese que me creo lo que la gente mayor me dice? ¿Y si fingiese que allá lejos existe una puerta? ¿Y si me acercase allí a llamar y resultase que alguien me abre la puerta? ¿Y si después entrase?» Sonrió. «Apuesto algo a que si consigo entrar se van a quedar todos con un palmo de narices.»

Caminó decidido hasta la puerta. Llamó. Le abrieron. Observó detenidamente cómo era la vida y le gustó.

Escribió su nombre en un libro enorme que contenía los nombres de todos los que habían pasado antes por allí y entró.

Eso era lo que solía hacer con todo lo que no entendía: fingía que se creía las respuestas que inventaban para él y santas pascuas. Y pensaba: «Cuando crezca lo entenderé todo, cuando crezca ya no tendré la necesidad de seguir fingiendo». Pero por ahora todavía era muy pequeño. Y estaba solo. Porque la vida de los puercos consiste justamente en eso: desde muy temprana edad, se quedan solos porque separan a toda la familia para comérselos, unos al momento y otros más adelante.

Pues eso es lo que era: un cerdito. Oscuro, con un nudo en el rabo (y, para colmo, un nudo ciego), unos ojos muy vivos que lo miraban todo sin parar y una manera de andar muy graciosa porque caminaba acelerado* y contoneándose. Salió al mundo y cada día descubría algo nuevo: sol, fósforo, color y gente, estrella, avión, casa, máquina y jaleo, coche pasando. Caminó hasta donde se acababa la ciudad y allí descubrió la flor y el bosque, el silencio y el color. Y, de repente, descubrió un lago. Era por la mañana muy temprano;

* Sería de la prisa que tenía por crecer.

camino y por fin llegó al puerto: quien estaba haciendo *u* era un barco. Al contemplar el puerto, se detuvo con los ojos abiertos de par en par, mirando aquel navío tan blanco, tan grande, lleno de banderitas diferentes y que hacía un *u* tan fuerte.

–¿Adónde se dirige? –preguntó a la gente que trabajaba en los muelles cargando el barco.

–Hacia allá –le señalaron.

Él miró, pero únicamente se pudo percatar de que *allá* era muy lejos. Tan lejos que inmediatamente se dio cuenta de que él nunca conseguiría llegar a ese lugar. Paseó por la orilla del mar hasta llegar a una pequeña playa en la que se entretuvo recogiendo conchas. Volvió al puerto y se quedó observando el movimiento que había en los muelles, viendo el barco que partió de noche, pitando aquel *u* tan bonito y agitando las banderas al viento. Pidió una fotografía del puerto y se la dieron. En la foto se veía un montón de cosas: el barco, el mar, la gente trabajando, el cielo, y estaba él –el cerdito– contemplando el puerto.

Acudió allí durante bastantes días. Después, comenzó a descubrir cosas nuevas. Adoraba la vida; se reía de todo; parecía que no había en el mundo nadie más feliz que él.

Pero un día le advirtieron de que no podía andar por ahí deambulando.

–No ando sin ton ni son: estoy descubriendo cosas –dijo.

–Eso no está bien: tienes que ir a la escuela a aprender a leer y a escribir.

Y eso fue lo que hizo.

Nada más entrar en clase, saludó a sus compañeros y los observó con detenimiento pensando para sus adentros con quién podría congeniar.

Pero ellos lo miraron de reojo, le devolvieron un «hola» seco y muy breve, y en el recreo nadie habló con él. Y tampoco en los otros recreos que hubo después.

Una tarde, el profesor les avisó de que iba a haber reunión de padres.

–Yo no tengo padre, señor –le dijo el puerco.

–Puede venir tu madre.

–Tampoco tengo, señor.

–Entonces, un hermano mayor.

–Pero no tengo hermanos.

–Tráete a un amigo entonces.

–No tengo.

Un grupito de monos que se sentaba al fondo de la clase, y que se colocaba allí a propósito para armar jarana, comenzó a reírse. El puerco se dio cuenta de que se estaban riendo de él y le sentó fatal. Pensó: «¿Será que no me aceptan porque ellos tienen familia y yo no?». El profesor entonces sintió pena de él y decidió contar un chiste para que todo el mundo se riera y se olvidara así el asunto. Era un chiste de un papagayo que tenía la manía de hacerse pasar por policía. Al puerco, el chiste le pareció graciosísimo. Comenzó a reír y no conseguía parar. Se rió tanto que acabó haciéndose pis en la cartera. El compañero de al lado se volvió hacia él y le soltó:

–¡Puerco!

Y lo dijo con fuerza, con rabia.

El grupo de monos que estaba al fondo de la clase estalló en carcajadas.

El puerco dejó de reír de repente y se quedó mirando asustado a su compañero: era la primera vez que pronunciaban su nombre. Y lo habían hecho de tal modo que hasta parecía que era un nombre feo. Sintió que el corazón le latía acelerado dentro del pecho. Se acabó la clase y su corazón seguía latiendo deprisa.